



La trivialidad del mal

En torno a la maldad y sus abismos

Hacia la mitad de 'Eichmann en Jerusalén' (Lumen) Hannah Arendt, de actualidad gracias a la excelente, aunque epidérmica, película de Margarethe Von Trotta que sobre su figura y el juicio se ha proyectado en la sección oficial de la Seminci, explicaba que el mal, en el Tercer Reich, había perdido su característica esencial: la de constituir una tentación; que, por el contrario, muchos alemanes probablemente habrían tenido la intención de no matar, de no robar, de no permitir que sus semejantes fueran enviados



al exterminio, de no convertirse en cómplices ni beneficiarse de los crímenes, pero que habían aprendido a resistir la tentación.

Por aquel entonces, pues se emparejan en mi memoria, en los albores del s. XXI -uff, parece que fue ayer y hace una docena de años- leí también 'La religión gnóstica' (Siruela) de Hans Jonas, otro sabio, también judío y discípulo de Martin Heidegger, al que no se hace justicia, creo, en el citado filme. El texto partía de su tesis doctoral, orientada por Rudolf Bultmann -cuya correspondencia con el autor de 'Ser y

tiempo' comentamos aquí- y mostraba ya su deriva desde el existencialismo a la filosofía moral. Todo el acercamiento a las ideas heréticas, dogmas, imaginaria y lenguaje simbólico del gnosticismo era admirable, pero me acuerdo sobre todo del epílogo addenda, donde lo relacionaba con el nihilismo, el huevo de la serpiente del horror contemporáneo.

Ahora, en Herder, ha aparecido la segunda edición de los escritos que reunió dos años antes de su muerte bajo el título 'Pensar en Dios y otros ensayos', donde este extraordinario filósofo expli-

ca su ética de la responsabilidad y su visión del ser humano y de la trascendencia, incluso se permite aventurar conjeturas cosmogónicas y cosmológicas. Una de las diez conferencias -todas densas, singulares, sin desperdicio- de las que consta el volumen es 'El concepto de Dios después de Auschwitz. Una voz judía'. En un ejercicio de teología especulativa, entre el estremecimiento y la angustia, evoca el sentido del monstruoso pudridero donde la deshumanización alcanzó unas cotas extremas de humillación y miseria y donde el silencio de Dios, perdi-

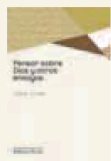
da su omnipotencia, según sostiene, en la línea de la cábala luriana revitalizada por Gershom Scholem, se hizo acontecimiento.

Jonas es un pensador excepcional, pone el dedo en la llaga del desarrollo tecnológico como generador del mal, pero defiende la superioridad secreta del bien, la compatibilidad de materia y espíritu y el raro mensaje de Etty Hillesum de que hay que ayudar a Dios. Como corolario y extensión de sus palabras, en consonancia con el significado del infierno donde murió su madre, sirva esta confesión epistolar de Ker-



▲ La filósofa judíoalemana Hanna Arendt.

◀ La actriz Barbara Sukowa en el papel de Hanna Arendt, en la película del mismo título de Margrethe Von Trotta.

**PENSAR SOBRE DIOS...**

Hans Jonas, Herder, 283 pp., 22,90, euros

**UNA POSTAL DE 1939**

Marcella Olschki, Periférica, 108 pp., 15,50 euros

**MEDUSA**

Ricardo Menéndez Salmón, Seix Barral, 160 pp., 17,50 euros

**EICHMANN EN JERUSALÉN**

Hanna Arendt, Lumen, 460 pp., 21 euros

tesz, en el libro al que me acercaba el otro día: «Antes de Auschwitz el antisemita era un asesino latente, después de Auschwitz es un asesino manifiesto».

Una de las manifestaciones, casi modalidades, más notorias e irrefutables del mal durante el siglo anterior fue por tanto, qué duda cabe, el fascismo. Seguramente el hecho de que nos siga interesando se deba a que parte de su programa no haya sido superado por nuestra cultura, o bien se haya integrado tranquilamente, triunfante, en ella. De ahí que a cada chi-quichaque se aplique como

adjetivo a situaciones dispares y, en ocasiones, con no mucha propiedad, aunque, eso sí, por fortuna siempre con carácter peyorativo. Últimamente me atraen sobre todo los acercamientos al fascismo en su origen, o bien de baja intensidad, porque estoy un tanto saturado de análisis globales y demoledores –sin embargo no hace mucho me interné en el impactante ‘Soldados del Tercer Reich: testimonios de lucha, muerte y crimen’ de Sonke Neitzel–. En este sentido, me interesó mucho, a principios de año, ‘Liberación’, otra novela estupenda del gran Sán-

dor Márai, y van...de las que viene publicando Salamandra, a la que no encontré cómodo en estos apuntes. Y ahora me ha sucedido lo mismo con ‘Una postal de 1939’ (Periférica) de Marcella Olschki, hija de padre israelita. Se trata de una novela autobiográfica, con algo de iniciática, a tramos cuasicosmumbrista, en apariencia leve pero honda, compuesta sin muchas pretensiones mediante pinceladas agrídulas, pero precisamente por eso de una sutileza y delicadeza difícil, por ejemplo en uno de los ritos de paso, en concreto el pasaje donde se reme-

mora la alegría sobrehumana, mezcla de candidez y de pureza, de un amor juvenil. Un poco en la línea sencilla y emotiva de Natalia Ginzburg, que no es de extrañar que aplaudiese en su día la aparición de esta autora florentina, con la que comparte un aire de familia.

Al margen del episodio sobre el que se estructura, que me ha recordado, en otro orden de cosas totalitario, ‘La broma’ de Milan Kundera, la narración desvela prácticas y mecanismos del fascismo como la radio para la escuela, la defensa desde abajo de la autarquía, la forja de un

ambiente enardecido y opresor...Y una paranoia: la intensa minuciosidad con la que describe física y animicamente a un profesor de su instituto, el Liceo Dante, al principio de la nouvelle –y luego a otros enseñantes, con alguno ajusta cuentas– me ha inquietado sobremanera. No por consabida, esta fijación anatómica y de la persona en general propia de la adolescencia me ha resultado menos turbadora, como el peso de una advertencia sorda entre las flores baudelairianas.

El mejor especialista de la narrativa patria, por preparación, conocimientos y estilo, para inmiscuirse en la entraña, los dominios del mal absoluto y su iconografía, me parece que es Ricardo Menéndez Salmón. Desde estas páginas hemos saludado sus dos últimas novelas al tiempo que su voz emergente, creadora de atmósferas atroces y exactas, al modo de Lucien Freud, se ha reconocido y consolidado en el panorama novelístico actual. De ‘Medusa’, donde se cita, naturalmente, a Eichmann y en la que no vamos a entrar por lo menudo, toda vez que la amplia reseña de Moisés Mori la analizaba el otro día a fondo, baste decir que gira en torno a la idea esbozada por Walter Benjamin de que los artistas son productores de barbarie, que también ha desarrollado últimamente otro narrador de mucho fuste: J.A. González Sainz.

Tal vez el que salga a novela por año –si bien habría que matizar que algunas se han reeditado, revisadas– sea un peligro para su escritura, muy visual en este caso. Pero, a mi escaso entender, las obras hay que enjuiciarlas, al margen de su contexto, una a una, como pedía Kierkegaard para las personas, porque, pese a que lo común sea que el exceso devalúe el arte, todos conocemos, como ya dije aquí una vez, autores desatados de enorme calidad –y no hace falta acudir de nuevo al preclaro ejemplo juanramoniano, que otros tenemos así muy cercanos en el tiempo y en el espacio– del mismo modo que abundan los escritores estreñidos y, por añadidura, pésimos.

He empezado con Hannah Arendt y voy a acabar con ella. De su meticuloso e hipnótico ‘Eichmann en Jerusalén’, al cabo del tiempo, tengo aún presente el largo camino hacia el exterminio: primero la inmigración forzosa; después, la deportación, frustrada a Madagascar –Uganda era la tierra de promisión para Theodor Herzl, el padre de la idea del Estado judío–, con cuantagotas a la tierra de nadie del frente entre Rusia y Polonia, a miles, definitivamente, hacia el Este; por último, la Solución Final: Tre-

Jonas pone el dedo en la llaga del desarrollo tecnológico como generador del mal

Una de las manifestaciones más notorias e irrefutables del mal durante el siglo anterior fue el fascismo

blinka, Chelmo, Belzek, Sobibor...También el pormenorizado y escalofriante relato de las deportaciones país a país, para cumplir con el programa nazi de una Europa judenrein. O cómo los SS hablaban de los campos de concentración en términos administrativos y de los de exterminio en términos económicos. O el necesario e imprescindible colaboracionismo sionista al comienzo de la barbarie en pro de la emigración forzada y, con posterioridad, de casi todos los consejos judíos. O su consideración de que el colapso moral del nazismo no sólo prendió entre los victimarios, sino también entre las víctimas. O la inconcebible banalidad del mal representada en la figura del acusado...

Al comienzo de la obra lanza una serie de preguntas: «¿Cómo pudo ocurrir?», «¿Por qué las víctimas escogidas fueron precisamente los judíos?», «¿Por qué los victimarios fueron precisamente los alemanes?», «¿Qué papel tuvieron las restantes naciones en esta tragedia?», «¿Hasta qué punto fueron también responsables los aliados?», «¿Cómo es posible que los judíos cooperaran, a través de sus dirigentes, a su propia destrucción?», «¿Por qué los judíos fueron al matadero como corderillos?», que siguen sin ser respondidas, que tal vez nunca lo sean, y ahí subyace lo inquietante del fenómeno, al margen del horror, su amenaza de futuro. Si bien, como dijera Jean Améry, tal vez el escritor que más a fondo ha profundizado en la naturaleza de la shoah, «no hay nada que explique realmente la irrupción del mal radical en Alemania».